

EL ÁRBOL DE SAN JUAN

EN todos tiempos y épocas las gentes festejaron la llegada de la primavera. Los celtas encendían grandes hogueras en el solsticio de verano y sus sacerdotes cortaban el muérdago sagrado con la segur de oro. Dos veces al año, según el mito griego, Demetria subía desde el Averno a la tierra; una para presidir a su fecundación y la otra para presenciar la recogida del maduro fruto.

Las famosas Mayas son reminiscencias, restos de las fiestas druídicas; lo es también el árbol de San Juan.

¿Qué ventaja existe para el progreso en suprimir esas ceremonias simbólicas en honor de la madre natura? ¿A quién se molesta con ellas?

Y por otra parte, ¿qué inconveniente hay en que subsista nuestra tradicional costumbre?

Lo he dicho en otro lado y lo repito ahora. Nadie que me conozca podrá afirmar que no soy amante de la evolución progresiva en sus diversas manifestaciones. Pues bien; al estilo inglés, soy al mismo tiempo decidido partidario de que se conserven cuidadosa y religiosamente todas las costumbres, ceremonias, trajes y danzas de tiempos que pasaron, cuando, como ocurre con el árbol, no perjudica su permanencia al progreso.

¿Que hay que modificar algunos detalles? Enhorabuena, pero que nos dejen disfrutar con las llamadas simplezas por los *esprits forts* (que con frecuencia no son más que espíritus hueros) a los «pobres de espíritu que recordamos con ellas los tiempos de nuestra juventud y los tiempos de nuestras venerandas instituciones, de las cuales apenas si queda el nombre y un vago recuerdo.

Hará cuatro o cinco años asistí a la fiesta de que me ocupo y salí desconsolado ante la soledad aquella, porque para mí es soledad el no ver ocupada de bote en bote la Plaza de la Constitución, centro y alma de Donostia, porque de ella brotaron las iniciativas y en ella tomaron cuerpo y dirección las energías que han construido la grande y hermosa ciudad. ¿La vamos a despreciar los donostiarros de la pura cepa?

¿Nos vamos a olvidar de ella, como hijo perverso que reniega de sus padres?

Aquellos a quienes ni el recuerdo de tiempos pasados, ni el amor al Municipio, ni el gusto de nuestras sanas costumbres agrada ni conmueve, quédense en su olímpica indiferencia, pero déjennos a los de casa disfrutar honestamente a nuestro modo.

Me he desviado de mi camino. Recordando la soledad relativa a la que he hecho referencia hace un momento, vacilé ayer entre si debía acudir o no a la función. Por fin me decidí por la afirmativa y de ello me felicito.

Ante numeroso y entusiasta público que llenaba la plaza como en aquellos tiempos en que los festejos no tenían otro sitio en que desarrollarse, he visto a los niños bailar el clásico *aurresku* y después a la excelente cuadrilla de Rentería con el tamboril a la cabeza, ejecutar las danzas tradicionales del país, de elegante sociedad y de acentuado simbolismo, luciendo su agilidad característica.

Bailen el tango los decadentes de la época. Me quedo con mis bailes y conste que ni estoy solo, ni en mala compañía. Jamás a los griegos, maestros insuperables de la belleza en todas sus variadas manifestaciones, se les ocurrió la antiestética y absurda idea de los bailes agarrados.

Tampoco podrá decirse de mí que no soy cosmopolita y, sin embargo, soy un empedernido regionalista, porque, vuelvo a repetir, ¿hacen, por ejemplo nuestros rústicos y dignos bailes, algún daño a otras regiones y pueblos? ¿Es perjudicial para alguien que conservemos cuidadosamente nuestras bellas melodías? ¿Pretendemos acaso imponernos a nadie?

No deseamos más sino que no se pongan reparos a que podamos solazarnos con arreglo a nuestro modo de sentir y disfrutar.

Muchas veces me pregunto, si a fuerza de desaires y desdenes, por un lado y de creer por otro que se va perdiendo el sentido vasco, absorbido en la intensa corriente de centralismo que nos arrastra, subsiste todavía mi cariño a este país, en completa decadencia moral por desgracia.

Me llamarán niño, tonto, romántico, iluso, todo lo que se quiera, pero yo confieso que el sencillo espectáculo de ayer, cuyo marco lo formaba el «buen pueblo», me conmovió profundamente. La esperanza en un resurgimiento de la dignidad colectiva euskara, se presentó

ante mí clara y firme, al mismo tiempo que la prueba de que mi hon-do afecto a Donostia y a la region no había muerto ni llevaba trazas de morir por ahora, corfortó y consoló mi desanimado espíritu vasco.

Una máxima filosófica dice que en el conocimiento humano «hay que saber lo general y cultivarlo particular». La máxima política mía, homóloga a la expresada, dice a su vez: «Amar al progreso en sus manifestaciones diversas, pero cultivarlo en especial con arreglo a las condiciones étnicas, históricas y sociales de mi región, en lo que a ella atañe».

F. GÁSCUE

